



# ENTUSIASMO

André Stern

LIT-  
ERA



André Stern

## Entusiasmo

Con contribuciones de

Richard Bach  
Aleksander Baj  
Jean-François Bernardini  
Jocelyn Dunn  
Benoît Le Goëdec  
Satish Kumar  
Joël de Rosnay  
Arno Stern  
Michèle Stern  
Pauline Stern

**LIT-  
ERA**

Título original: Tous enthousiastes!

© del texto: André Stern, 2018

© de la traducción: Emilio Encabo Lucini, 2021

© de la edición:  
Litera libros, 2021  
C/ Sant Josep 45  
46550 Albuixech  
[www.literalibros.com](http://www.literalibros.com)

Corrección: Ana Valero

Maquetación: Ortogràfic

Impresión: GZ Printek, S.A.L.

ISBN: 978-84-121630-3-2  
Depósito legal: V-261-2021  
Impreso en España

*Para Sabryna y Richard Bach,  
con toda mi gratitud*



## Índice

- 11      Obertura
- 15      El entusiasmo, fertilizante del cerebro  
24      «El entusiasmo, fuerza interior»,  
          por Joël de Rosnay
- 27      Un nuevo entendimiento del entusiasmo  
32      «Entusiasmarse es sumergirse en la energía  
          divina», por Satish Kumar
- 35      La feria
- 41      Querida Madame Perroux
- 45      Jugar, el niño en su elemento
- 49      Antonin, las cifras y las letras
- 55      El océano de los potenciales  
60      «Entusiasmos minúsculos y valiosos»,  
          por Michèle Stern
- 63      El puerto de amarre  
68      «Jugar y hacer jugar», por Arno Stern
- 77      El niño herido
- 81      El entusiasmo desaparecido  
96      «Solo tú sabes lo que es bueno para ti»,  
          por Pauline Stern

- 107 El traumatismo de la música
- 116 «El entusiasmo, una llama que hay que salvar»,  
por Jean-François Bernardini
- 119 Un espacio para los escépticos
- 129 Los efectos *secundarios* del entusiasmo
- 136 «El entusiasmo que provoca el parto llega  
mucho más allá», por Benoît Le Goëdec
- 143 Historias de entusiasmo
- 148 «Seguir aquello que te entusiasma lo cambia  
todo», por Aleksander Baj
- 158 «Ser una niña apasionada y testaruda es una  
cualidad», por Jocelyn Dunn
- 164 «Un arcoíris en el desierto», por Richard Bach
- 169 El entusiasmo recobrado
- 173 Agradecimientos



Querido lector, en aras de ser coherente con un propósito general, me ha sido imposible evitar presentar en este libro ciertos conceptos e historias expuestos en publicaciones anteriores. Quizá los hayas leído en otro lugar presentados de una forma diferente. Espero que, al verlos aquí, te parezcan tan familiares como esos amigos a los que, en cada reencuentro, adviertes que han cambiado y madurado.



## Obertura

Antonin camina a mi lado, dándome su manita —¡ya tan grande!—. Cada dos pasos da un saltito, su respiración es rápida, pero no llega a quedarse sin aliento. Noto que tira un poco de mí, sus ojos brillantes miran a la vez hacia dentro y hacia todo lo que está fuera, con esa facultad tan sorprendente que tienen los niños de combinar enfoques y flujos.

Estamos en el camino de vuelta a casa, después de haber firmado el contrato de este libro. He llevado a Antonin conmigo y lo han recibido con los brazos abiertos. Con su entusiasmo ha conquistado a todos los presentes. Su entusiasmo es el entusiasmo propio de todos los niños libres.

Para Antonin se trata de un acontecimiento importante, porque hace dos años, cuando, de camino hacia el parque, pasábamos delante de este edificio con forma de barco, exclamó: «¡Oh! Ahí está mi editor. ¡Ahí publicaré mis libros!».

Cuando un niño le abre la puerta a un proyecto, si nosotros nos lo tomamos en serio, lo que me atrevería a llamar *la conspiración del universo* provoca un efecto dominó que, de una u otra manera, llevará a su realización.

Eso es lo que recuerdo y eso es en lo que pienso, hoy, caminando a su lado.

Lo veo estremecerse. «¿Sabes? Mi cuerpo entero está lleno de dopamina por el entusiasmo que siento por haber estado por primera vez en mi futura editorial, así que tengo que brincar un poco para evacuar el exceso...». Que conozca esos conceptos no tiene nada de extraño, ya que nos son familiares y forman parte de nuestro paisaje

cotidiano. Antonin es un niño de siete años y medio como cualquier otro, con la única diferencia de que nadie le ha puesto encima de su entusiasmo esa tremenda losa que son las expectativas adultas.

Y eso es de lo que voy a hablar aquí. De no ahogar ese entusiasmo que nos hace capaces de cualquier cosa, que nos libera de nuestros límites, que nos permite conectarnos con la genialidad que habita en nuestro interior. De ese estado natural que no es el fruto de un esfuerzo tortuoso, si no que está ahí, simplemente, desde siempre y para siempre, de manera que basta, si lo han encerrado, con apartar todo lo que lo bloquea y le impide salir para verlo florecer de nuevo.





## El entusiasmo, fertilizante del cerebro

Durante décadas hemos creído que los seres humanos venían al mundo con cerebros programados genéticamente. Los genes de algunos cableaban su cerebro de tal manera que entraban automáticamente en la categoría de los *inteligentes*, mientras que la genética de los otros los llevaba automáticamente a la categoría de los *tontos*. Y eso resultaba ser práctico, pragmático, ordenado (con esa simetría tan querida por el cartesianismo) y fácilmente aceptable hasta por los *tontos*.

Esa creencia dio lugar a un cierto orden del mundo que, hoy en día, sigue incrustado en nuestras sociedades. Hay gente que ha nacido *tonta* y lo seguirá siendo (no habiendo sido descubierta la epigenética hasta hace muy poco, se daba por hecho que lo *genético* significaba *definitivo*) y los demás han nacido *inteligentes*, como lo eran sus padres y como lo serán sus hijos, porque *genético* significa, también, *hereditario*...



*Gracias a la epigenética, parece que nuestro porvenir no está grabado en el mármol de nuestros atavismos. Todo cuanto aprendemos, nuestros encuentros, nuestro entorno, nuestras experiencias y muchas otras cosas condicionan la expresión de nuestros genes.*

Al final del siglo xx, investigadores británicos revelaron un desarrollo repentino y espectacular de la zona cerebral responsable del movimiento de los pulgares en el cerebro de los jóvenes de esa época, paralelo —vaya,

vaya— a la importancia exponencial que estaban teniendo los mensajes de texto en su vida cotidiana. Esto provocó un replanteamiento muy sonado de la creencia en un origen genético de la inteligencia. Y dio lugar a una conclusión un poco precipitada: parece que el cerebro se desarrolla, igual que un músculo, según el uso que se hace de él.

Con la misma precipitación, se desarrollaron programas de musculación cerebral basados en ese descubrimiento, pero se saldaron con fracasos muy amargos: lo que funcionaba tan bien con la escritura de los SMS, no funcionaba para nada cuando se intentaba *acelerar* el cerebro de los niños haciéndoles aprender cinco lenguas en la guardería o poniéndoles a hacer ejercicios de lectura con dieciocho meses cuando lo único que quieren es jugar a que la cuchara que se mete en el bote de chocolate en polvo es una excavadora. Así que empezamos desde el principio.

El neurobiólogo alemán Gerald Hüther explica que, si repetimos todos los días durante horas un ejercicio dirigido, no constatamos un desarrollo de tal amplitud: «El cerebro no es un músculo, no se puede ni forzar ni modelar a voluntad; para desarrollarse necesita un estímulo emocional. ¡El motor de ese desarrollo es el entusiasmo que experimentan los jóvenes al comunicarse con los demás!».\*

Así que nuestro cerebro se desarrolla, efectivamente, según el uso que hagamos de él... ¡Pero con la condición de que esa utilización provoque y estimule nuestro entusiasmo!

Que el entusiasmo nos da alas, que nos hace capaces de convertirnos en cualquier cosa, de aprenderlo todo, de sobrepasar todos nuestros límites: eso es algo que sabemos todos. Pero ahora sabemos también cuál es la explicación científica de ese fenómeno. En un artículo aparecido en *Die Welt* en abril de 2011, Gerald Hüther nos la presenta con

\* *Begeisterung steuert Hirnentwicklung*, Presstext, 9 de diciembre de 2011, disponible *online*.



esa claridad que le ha hecho tan popular en los países germanófonos:

Todos lo sabemos: cuando algo es verdaderamente importante para nosotros, estamos dispuestos a esforzarnos lo que haga falta para conseguirlo. Y, cuando lo conseguimos, nuestro entusiasmo nos vuelve brillantes. Cada vez que nos entusiasmos así por algo, cuando ese algo se nos agarra muy dentro y además sale bien, eso activa un grupo de células nerviosas en el mesencéfalo. Y un cóctel de neurotransmisores neuroplásticos se vierte en la punta de sus largos filamentos.

Y lo siento por toda esa gente que hace tenazmente sus deberes, porque eso no sucede nunca en el régimen de funcionamiento ordinario del cerebro, cuando basta con ir tachando, una tras otra, todas las tareas del día: eso solo sucede cuando estamos entusiasmados. Los más conocidos de esos transmisores neuroplásticos son la dopamina, la noradrenalina y la adrenalina, a los que se unen péptidos como la endorfina y la encefalina.

Cada uno de esos elementos provoca, a su manera, una cascada de transducción de la señal a través de los receptores de las células nerviosas recién conmutadas. Todas las redes neuronales que esa cascada activa en el cerebro se ven reforzadas y consolidadas, precisamente para efectuar eso que, concretamente, tanto le importaba hacer a esa persona.\*

Y en otros lugares lo resume así: el entusiasmo es el fertilizante del cerebro.

Es una noticia excelente, porque todos, sin excepción, hemos venido al mundo equipados con ese fertilizante cerebral portátil. El entusiasmo, igual que otros estados de ánimo, simplemente está ahí, desde el principio.

\* «Nur mit Begeisterung lernen wir wirklich gut», *Die Welt*, 30 de abril de 2011, disponible online.

Observar a los niños pequeños jugar (o sea, explorar el mundo) ilustra de manera perfecta este aspecto básico, innato y espontáneo del entusiasmo. Un niño pequeño experimenta una tormenta de entusiasmo cada dos o tres minutos. Aún no ha acabado la primera cuando ya ha estallado la siguiente.

Ese fenómeno tiene una explicación muy sencilla: esa llamativa apertura de espíritu que también forma parte de nuestro *equipamiento* básico. Un niño pequeño descubre el mundo sin juzgar ni discriminar lo más mínimo. Va hacia los demás seres vivos (ya sean humanos o no) con los brazos y el corazón abiertos, sin tener en cuenta su color de piel, su religión, su tamaño, su género, ni su edad. Libre de todos los *-ismos* de nuestro mundo (racismo, sexismo, especismo, edadismo...), no necesita en absoluto que se le eduque en la tolerancia, porque lo ignora todo de la intolerancia... (¡Imagínad de qué manera cambiaría nuestro mundo si no nos alejáramos demasiado de esta disposición innata!).



*Saskia es muy blanca de piel. Vive en Holanda con su mamá, su papá y su hermano mayor. Un día mira con entusiasmo una de esas fotos que en estos tiempos circulan por internet. En la foto se ve a una mamá africana con la piel de azabache que sostiene boca abajo, por encima de su cabeza, a una niñita que se ríe a carcajadas. Las dos llevan ropa multicolor y están tan alegres, tan unidas, que Saskia no se cansa de contemplarlas. Se gira hacia su madre y le dice: «¿Podría ser una foto de nosotras dos?». Por curiosidad, su madre le pregunta: «¿No ves ninguna diferencia entre ellas y nosotras?». «Sí —responde Saskia—, sí, mamá, ¡ellas llevan ropa mucho más bonita que la nuestra!».*

Un niño pequeño no tiene, en un principio, ninguna razón para hacer suya nuestra visión del género...

¿Niña, niño? Todavía no ha aprendido a diferenciar, a etiquetar, a clasificar, a separar en categorías.

Un niño pequeño cree que hay tantos géneros como personas.

Gracias a esa apertura de espíritu, para el niño no existe ninguna jerarquía entre las profesiones ni las disciplinas. No tiene ninguna razón para entusiasmarse más por el oficio de basurero que por el de astronauta; para él, tricotar o hacer matemáticas están al mismo nivel, y aprender a leer no es más importante que bailar. Por eso se entusiasma con todo lo que se encuentra, ya sea una persona, una actividad humana o cualquier otra cosa que pueda comprender y descubrir.

Y cada una de esas pequeñas tormentas de entusiasmo genera en él, una y otra vez, el autodopaje cerebral descrito anteriormente. Así que, en un niño pequeño, todas las sustancias que requieren los procesos de crecimiento y reordenación de las redes neuronales se producen directamente en el cerebro mismo, cada dos o tres minutos, de la mañana a la noche.

¡Qué dotación tan extraordinaria para empezar una vida!

Pero ese fenómeno no se limita —o no debería limitarse— al principio de la vida. No hay ninguna razón para que eso termine. El entusiasmo produce su efecto sea cual sea nuestra edad. De buen grado, cito aquí el refrán «No aprenderás de viejo lo que de joven nunca aprendiste» para subrayar hasta qué punto su fundamento está equivocado, y cuántas veces lo contradice la práctica. Una de mis citas favoritas de Gerald Hüther es la siguiente: «Un hombre de ochenta y cinco años puede aprender chino en seis meses... basta con que se entusiasme... Por ejemplo, ¡si se enamora de una joven china de setenta y cinco años!». Por tanto, si no aprendemos chino, ya sea con ochenta y cinco o con quince años, no es por una disfunción cerebral, sino por una *simple* ausencia de entusiasmo.\*

\* «Neurobiologie et éducation», conferencia, Berlín, 15 de enero de 2011, disponible en YouTube en alemán con subtítulos en francés.

He aquí la razón por la que progresamos tan rápidamente en todo cuanto hacemos con entusiasmo.

El entusiasmo genera la emoción. Nos pone en un estado de activación de los centros emocionales. Y cuando estos se activan, retenemos esa información para toda la vida.

Sin la activación de los centros emocionales, una información no tiene ninguna posibilidad de anclarse en nuestra memoria. Entra por un oído y sale por el otro casi al instante. ¡Eso explica que vivamos en un mundo en el que se considera normal haber olvidado el 80% de lo que hemos tenido que aprender! Un examen rápido nos permitiría constatar que ese 20% que no hemos olvidado está siempre unido a una emoción. Emoción provocada por un tema que nos habrá afectado, tocado o sorprendido. Emoción debida a la conexión entre la nueva información y el tema que nos importaba. Emoción resultante de la importancia de nuestra relación con la persona que nos la transmitía. Y toda clase de otras formas de activar nuestros centros emocionales.

El entusiasmo no se puede provocar artificialmente. Igual que la oxitocina sintética no tiene los mismos efectos que la oxitocina producida de manera natural por el organismo, una inyección del cóctel de neurotransmisores que citábamos antes no provocaría un brote de entusiasmo. Es el entusiasmo el que pone en marcha la producción de ese cóctel y no al contrario. No sirve de nada agitar a alguien y decirle «¡Venga, entusiásmate, es bueno para ti!»: eso no funcionará. Tampoco se puede esperar que el entusiasmo de una persona se estimule intentando *venderle* las circunstancias presentes como muy emocionantes si para ella no lo son, como se suele observar en los adultos que intentan consolar a un niño triste porque ha tenido que interrumpir sus planes para realizar los de los adultos (por ejemplo, tener que irse del parque donde está jugando tan contento para ir a hacer las compras...).

La característica principal del entusiasmo es que es contagioso. Solo nuestro entusiasmo —si es auténtico— puede despertar el de los demás. Pero, evidentemente, ellos no van a hacer suyo lo que a nosotros nos entusiasma.

Yo soy guitarrista desde siempre. Es, sin lugar a duda, lo primero que me entusiasmó de manera decisiva, y lo experimenté cuando apenas tenía tres años. Las notas de la guitarra y la confusión de voces del profesor y el alumno que atravesaban el techo de la tienda que había debajo del parqué al que yo pegaba mi oreja permanecen gravadas en mi memoria. Una noche, unos años después, mis padres me llevaron a un concierto. Un pianista virtuoso tocaba con un entusiasmo tan evidente que en un instante activó el mío. Solo tenía una idea en la cabeza: volver a casa cuanto antes para tocar, no el piano, sino la guitarra —mi instrumento— con el mismo entusiasmo que el pianista había demostrado tocando su instrumento.



*No existe el momento adecuado para aprender, solo hay centros emocionales que se activan o no. Si dejáramos de interferir en los ritmos y horarios que les son propios, nuestros hijos podrían, de la manera más natural del mundo, seguir pasando de una emoción a otra, de un entusiasmo al siguiente, permaneciendo indefinidamente en ese preciso estado que nos permite aprenderlo todo de manera perenne.*



# «El entusiasmo, fuerza interior», por Joël de Rosnay

---

Hace algunos años, entender la epigenética, esa recién llegada al mundo de las ciencias, requería un cierto esfuerzo. Pero explicarla en pocas palabras era todavía más difícil. Un día, me topé con un vídeo de tres minutos en el que alguien, con mucha elegancia, no solo lo conseguía, sino que además me proporcionaba las imágenes que me permitían entenderla y sentirla para ya nunca olvidarla. Ese gran señor, de mente inquieta y juguetona, era Joël de Rosnay. Me di cuenta enseguida de que era un entusiasta, tanto en su labor científica como cuando se dedicaba a escribir o a surfear.



«Entusiasmo» viene de *en theos*, que quiere decir el «dios interior». Algunos oradores, gracias a su entusiasmo comunicador, parecen como habitados por alguien o algo que los sobrepasa.

El entusiasmo también va unido al hecho de disfrutar, especialmente de disfrutar comunicando a los demás nuestra felicidad. La felicidad del conocimiento, del saber compartido, de haber entendido la complejidad de un sistema, de haber descrito un paisaje magnífico, de hablar de una pasión, de un deporte, de música o de cocina.

Además, las personas que se comunican con entusiasmo tienen más posibilidades de que las sigan con atención la gente que está dispuesta a ser motivada, sobre todo para aprender algo nuevo, ya sea sobre ciencia, filosofía, música o deporte. Yo vivo en un estado de entusiasmo permanente por poder comunicar, ser escuchado y ayudar a la gente a darle un sentido a su vida.



## Un nuevo entendimiento del entusiasmo

Para ilustrar la noción de entusiasmo, se suele elegir la imagen de una persona riéndose a carcajadas. Recuerdo, por ejemplo, a un equipo de animadores que había decidido llevar camisetas multicolores para hacerse los entusiastas.

Pero entusiasmo no es un sinónimo de alegría ni de risa. A menudo, nuestro entusiasmo nos lleva a hacer esfuerzos considerables. La cara de concentración de un niño entusiasmado no se parece en absoluto a la cara que pone cuando está alegre.

Antonin, tres años, observa a alguien pasar el cortacésped. Un poco después, cuando el cortacésped está guardado en el cobertizo, él muestra con todo su ser las ganas que tiene de conducirlo. Así que arranco el motor y, al ver que él quiere que la ponga en funcionamiento, le dejo que agarre conmigo el inmenso volante, mientras la máquina se pone en movimiento.

Tenéis que visualizar las proporciones. Si tú, un adulto, tuvieras que medirte a una máquina tan grande, esta sería del tamaño de un coche. También tendría su irresistible potencia. Para agarrar el volante tendrías que levantar los brazos y estirar todo el cuerpo. El motor te agitaría de arriba abajo y el ruido te parecería ensordecedor.

Pero Antonin, por nada del mundo soltaría ese volante que tanto desea agarrar. Una vez puesta en marcha, incluso a su velocidad más baja, la cortadora lo obliga a andar muy rápido, casi hasta a correr. Él está concentradísimo y muy serio.

Poco después, una vez familiarizado con el funcionamiento del aparato, quiere agarrar el volante

entero y me aparta un poco las manos. Quiere que yo esté muy cerca, pero quiere manejar la máquina él solo. Se dirige resuelto hacia la hierba. Y yo observo su cara, perpleja y decepcionada cuando se da cuenta de que el cortacésped... no corta nada de nada, porque no he puesto en marcha la cuchilla. Su determinación es tan fuerte, tan convincente que decido arrancarla. El ruido cambia, la máquina lo agita todavía más, una intensa corriente de aire sopla a nuestro alrededor, yo estoy alerta, tan concentrado como mi hijo. Avanzamos con prudencia, cortando a nuestro paso, con mucha atención.

Al cabo de veinte minutos a ese ritmo, mi hijo, henchido de confianza y valentía se da cuenta, él mismo, de que ha llegado al límite de sus fuerzas. Detenemos el cortacésped al borde del camino. Le digo que lo guardaré más tarde. Al confiarme esa responsabilidad, Antonin se tranquiliza.

Me gustaría contraponer el esfuerzo que acaba de hacer Antonin a esa objeción, tantas veces escuchada, a esa especie de fantasía clásica de nuestro mundo: «En la vida, uno no siempre puede dedicarse a aquello que le entusiasma, en la Tierra no solo hay cosas agradables, hay momentos en los que uno tiene que esforzarse, empeñarse, superar la falta de entusiasmo... y es, a veces, después de ese esfuerzo obligado cuando uno experimenta la satisfacción».

Tomemos ese comentario. Saquémoslo de su contexto y pongámoslo en otro. Imaginemos que un productor libidinoso se la dice a una joven actriz... Ya no estamos tan de acuerdo con ella, ¿no? Si ese comentario es disfuncional en este nuevo contexto, es porque lo es de base, sea cual sea el contexto.

Antonin acaba, precisamente, de crecer claramente por encima de sus propios límites. Si no ha tenido en cuenta ninguno de los factores disuasorios que he citado antes (tener que estirarse para llegar al volante, la potencia, la vibración, la velocidad, el ruido), si no ha sentido el esfuerzo considerable que esa tarea le ha

exigido, no ha sido porque la ha hecho obligado, ¡sino porque la tarea lo entusiasmaba! Y porque era *él* quien había elegido hacerla.

Imagina que las cosas hubieran sucedido de manera distinta. Que *él* hubiera estado ocupado en algo que le entusiasmara y que yo hubiera irrumpido, de repente, diciéndole: «Hijo mío, en la vida uno no puede dedicarse a lo que a uno le entusiasma, hay momentos en los que hay que esforzarse, forzarse un poco, así que, para que aprendas a esforzarte, te pongo como deber pasar el cortacésped durante veinte minutos...».

Solo habría quedado el sufrimiento. Demasiado alto, demasiado potente, demasiado rápido. Esa es la diferencia punzante entre una tarea que elegimos entusiasmados y la que se nos impone.

Solemos representar la noción de entusiasmo como unos fuegos artificiales sonoros y resplandecientes. Yo veo a menudo a mis hijos estallar de alegría, gritar y reír mientras corren. Su alegría es una manifestación de su entusiasmo. Pero el entusiasmo en sí mismo no tiene por qué ser ruidoso ni espectacular.

Esta mañana, sentado en mis rodillas, Benjamin, un año y medio, me observaba mientras yo extraía el zumo de medio limón con nuestro exprimidor de cristal. Y, al verlo, he recordado cuantísimo me gustaba ese objeto de niño. Su forma perfectamente diseñada, las ranuras para que el zumo se deslice, los salientes para retener la pulpa y las semillas, todo eso me encantaba (y, sin embargo, el exprimidor eléctrico me daba un poco de miedo).

Después de haber extraído todo el zumo del limón, lo he vertido en mi vaso y he dejado el exprimidor a su lado. Al instante, Benjamin ha expresado con decisión —con esa manera tan particular de proyectar toda su energía en una dirección, hacia un objeto, para hacerse entender de manera inequívoca, más allá de las palabras— su deseo de quedarse con el exprimidor y el medio limón ya exprimido. Así que se los he acercado. *Él* ha cogido el exprimidor, ha vuelto a poner a la perfección el

limón sobre el exprimidor, ha hecho dos movimientos semicirculares con su manita imitando fielmente mi gesto (sin su presión) y luego ha levantado el limón y ha acercado el exprimidor a mi vaso para que yo vertiera su zumo virtual. Ha repetido ese juego unas veinte veces, porque una de las características principales de todo entusiasmo, de todo juego, y de su sinónimo común, el sagrado aprendizaje, es la repetición.

El carácter silencioso de este típico juego muestra que el entusiasmo sabe ser discreto. Es nuestro deber proporcionarle, de manera igual de discreta, el espacio que necesita. Las explosiones ruidosas y artificiales de ciertos adultos con los *éxitos* y las *hazañas* de los niños son uno de los peores asesinos del entusiasmo intrínseco.

Imagina que llegaras, movido por un entusiasmo profundo, a exprimir un limón y que tus compañeros de trabajo se pusieran a exclamar cómicamente, bailando y dando saltitos «¡Oh, pero si es maravilloso! ¡Qué puntería! ¡Eres un campeón! ¡Eres el mejor!».

Yo creo que eso te paralizaría. Como mucho, lo único que tendrías es ganas de unirte a su pantomima...

Pues nada, hasta aquí el adelanto.  
Esperamos que te haya gustado.  
El libro sigue, claro. Aún le  
quedan un montón de páginas.  
;)

**LIT-  
ERA**